

Sabiduría de lo alto (13/13)

Dr. Justo L. González



El Discípulo
Santiago 3.13-18; 5.7-12
30 de agosto de 2019

Sabiduría de lo alto (13 de 13)

Texto bíblico: Santiago 3.13-18; 5.7-12

Introducción:

Llevamos tres meses estudiando la sabiduría, primero en Proverbios, después en los Evangelios, y ahora, por espacio de cinco lecciones, en la Epístola de Santiago. Durante este tiempo, hemos hablado mucho acerca de la verdadera sabiduría y de sus caminos, así como de los falsos caminos y el falso atractivo de la necesidad. Ahora, al cerrar nuestro estudio, es tiempo de hacer un inventario de lo que hemos aprendido, no solamente en cuanto a lo que la sabiduría es, sino también y sobre todo a cómo seguirla y cómo manifestarla en nuestro testimonio al mundo.

La lección de hoy, que se basa en dos pasajes casi al final de la Epístola de Santiago, nos ayudará a reflexionar sobre todo lo que hemos discutido y descubierto acerca de nosotras y nosotros mismos, sobre cómo experimentamos y manifestamos la sabiduría y sobre cómo avanzamos por sus caminos. Y nos ayudará también a hacer un inventario de lo que debamos corregir o mejorar en ese sentido.

La primera parte del texto impreso trata una vez más acerca del contraste entre la verdadera y la falsa sabiduría. Entonces, antes de la segunda parte del texto impreso, hay primero (Stg 4.1-17) otra serie de advertencias sobre los peligros de dejarse llevar por los pleitos y de

juzgarnos unos a otros y luego (Stg 5.1-6) una advertencia muy fuerte y concreta contra los ricos que se aprovechan de su poder para explotar a los necesitados y para burlar la justicia.

Es tras seis versículos sobre la injusticia de los ricos y el mal que les espera que llegamos a la segunda parte del texto impreso. Al leerla, puede sernos de ayuda pensar que Santiago se está dirigiendo a hermanos y hermanas que sufren las consecuencias de lo que se acaba de decir y se preguntan hasta cuándo Dios va a permitir tales cosas y cuándo el Señor volverá para ponerles fin. Ese contexto nos ayuda a entender el llamado a la paciencia al principio de esta segunda porción impresa.

Vocabulario bíblico:

RIVALIDAD: La palabra griega que se traduce aquí es *eritheia*. Esta es una palabra poco usada en tiempos del Nuevo Testamento. Pero en tiempos anteriores los autores griegos clásicos la usaban para referirse a la ambición desmedida de quienes hacían todo lo posible por aumentar su poder, su influencia y sus riquezas a cualquier costo. Era una palabra muy despectiva que implicaba corrupción y abuso. Quien se dejaba llevar por esa ambición estaba dispuesto a decir cualquier mentira a fin de lograr lo deseado. Nótese que en el pasaje de Santiago hay una relación entre ese vicio y lo que él llama mentir contra la verdad. Esto nos da una idea de la seriedad con que Santiago veía la presencia de tales males en el seno de la iglesia.

Recomendaciones educativas:

Objetivos

1. Repasar y reafirmar lo que hemos aprendido acerca de la verdadera sabiduría.
2. Hacer un rápido inventario de los modos en que seguimos los caminos de la sabiduría y otros en que nos apartamos de ellos:
 - a. Como individuos
 - b. Como iglesia
3. Comprometernos unos con otros, y todos con Dios, a buscar y seguir caminos de sabiduría.

Inicio

Inicie la sesión señalando que hoy terminamos nuestro estudio de trece semanas sobre la sabiduría, y de un mes sobre la sabiduría en la Epístola de Santiago. Haga un brevísimos repaso, solamente para que todos se acerquen a la lección en conjunto. Pero deje el repaso final para la conclusión de la lección.

Desarrollo

1. Diga que el pasaje que estudiaremos dice mucho acerca de quiénes son los verdaderos maestros de sabiduría y quiénes no. Pídales a los alumnos que le ayuden a hacer una lista de las características de un buen maestro o maestra. Anote la lista en la pizarra o en un papelón, de modo que todos en la clase puedan leerla.
2. Pase ahora al estudio y lectura de la primera parte del texto impreso (Santiago 3.13-18).

Invite a la clase, según se va haciendo la lectura y el pasaje se discute, a añadir otras

características que no aparecían en la lista que hicieron al principio.

3. Vuelva sobre la lista, ahora con esas añadiduras, y pregunte si alguna de las características que se mencionaron al principio no son tan importantes como pudieran parecer—y hasta si algunas de ellas son falsas.
4. Sobre esa base, dirija una discusión de las diferencias y semejanzas entre la «sabiduría» según se entiende comúnmente y el modo en que Santiago—y el resto de la Biblia—la presenta.
5. Haga un brevísimo resumen de lo que se dice en Santiago 4.1-5.6. Ese resumen no es para estudiarlo, sino para que la clase entienda lo que se dice en la carta entre la primera y la segunda parte del texto impreso.
6. Como entrada a esa segunda parte del texto, muestre la posible conexión entre lo que se dice al principio del capítulo 5 sobre los abusos y la corrupción de los poderosos, y lo que se dice en 5.7:
 - a. Sobre la necesidad de tener paciencia
 - b. Sobre la relación entre la suerte de los ricos y la venida del Señor
7. Relacione esa paciencia con los ejemplos que se dan en el pasaje:
 - a. El labrador que tiene que esperar el tiempo de la cosecha
 - b. Los profetas y su paciencia
 - c. Job
8. Vuelva un poco más atrás en el pasaje, y discuta por qué el juzgarnos unos a otros no es sabio. Señale la relación entre lo que aquí se dice y el Sermón del Monte.

9. Haga lo mismo con el versículo 12, sobre no jurar.

Cierre

Termine la clase diciendo que, como conclusión a todo nuestro estudio, bien puede servirnos el último llamado a la sabiduría que Santiago les dirige a los «hermanos» al final de su epístola:

«Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad y alguno lo hace volver, sepa que el que hace volver al pecador del error de su camino salvará de muerte un alma y cubrirá multitud de pecados».

Análisis de la Escritura:

Santiago 3.13: Aquí volvemos al tema de la sabiduría, que nos ha ocupado durante todo este trimestre. Santiago reta o llama a quien piense ser sabio que lo muestre mediante su conducta. Una vez más, la sabiduría no es cuestión de saber mucho, sino de saber cómo—no de tener muchos conocimientos, sino de saber cómo emplearlos en plenitud de vida. Como hemos visto repetidamente, una de las principales preocupaciones de Santiago es que por falta de sabiduría los creyentes, en lugar de apoyarse mutuamente, se dividan y se dejen llevar por rencillas y palabras fuertes. Por eso la «mansedumbre» es parte esencial de la sabiduría.

v. 3.14: Frente a tal mansedumbre están los «amargos celos» y las «contiendas». La palabra que Santiago usa aquí era la que se empleaba para la ambición de los políticos que buscaban puestos más altos. Uno de los principales problemas cuando la sabiduría se entiende en

términos de saber mucho es que surgen celos y rivalidades entre los supuestos sabios. Una persona siente celos porque a otra se le da más crédito o se le considera más sabia. Llevada por tales celos amargos desarrolla un espíritu de rivalidad con esa otra persona. De ahí resulta una contienda a ver quién es más sabio. Pero en realidad, por el hecho mismo de dejarse llevar por tales rivalidades y celos, ambos están mostrando que no son verdaderamente sabios.

En consecuencia, quien se jacta de tal clase de sabiduría, y se las da de sabio, está mintiendo contra la verdad. La verdad es que tal persona no es sabia. Y mientras más sabia pretenda ser, por mucho que sepa, más necia será.

v. 3.15: Tal sabiduría es falsa, pues no descende del cielo. (Recordemos lo que hemos visto repetidamente, que la sabiduría es don de Dios.) Y aquí Santiago le va dando una serie de tres apelativos cada uno peor que el anterior. Esa sabiduría es terrenal, animal y diabólica. Decir que es terrenal es una reafirmación de que no viene del cielo. Decir que es animal no quiere decir, como hoy lo entenderíamos, que es propia de las bestias o animales. (En realidad, los animales no pretenden tener sabiduría.) Lo que quiere decir es que es natural, que proviene del ser humano, que no está inspirada por el Espíritu. Y que es diabólica quiere decir que es inspirada por los demonios—que es lo que el texto griego dice literalmente.

vv. 3.17-18: En contraste, la sabiduría que viene de lo alto tiene una serie de características importantes. No es solamente pura en el sentido de ser correcta, sino que se caracteriza

también por su espíritu pacificador, por sus frutos y por su sinceridad. En este punto, Santiago parece inspirarse en Proverbios 3.17, donde se dice en cuanto a la persona sabia que «sus caminos son caminos agradables; y en todas sus veredas hay paz». Para Santiago, cualquier supuesta sabiduría que no lleve a la paz, sino que se manifieste en celos, contiendas y rencillas, es falsa sabiduría.

v. 5.7: Se acerca el final de la carta, y el deseo de Santiago de alcanzar y conmover a sus lectores se manifiesta en que repetidamente se dirige a ellos con su apelativo favorito de «hermanos». Esto se ve no solo en este versículo, sino dos veces más en el pasaje que estudiamos hoy (vv. 9 y 12)—para terminar la carta toda con una última apelación a los «hermanos» (5.19).

En el mismo versículo Santiago vuelve sobre el tema de la paciencia, que aparece al principio mismo de la carta (1.3). Allí, sin embargo, se exhortaba a los lectores a tener paciencia en medio de las pruebas y tribulaciones. Aquí parece ser otra cosa, pues se trata de tener paciencia respecto a la venida del Señor. Pero si leemos este versículo a la luz de lo que le precede vemos que también aquí se trata de tener paciencia en medio de las dificultades. Los primeros seis versículos de este capítulo 5 contienen palabras bien fuertes contra los ricos que roban el jornal de sus trabajadores, viven para sus propios deleites y practican la injusticia. Y todas esas palabras van precedidas de un llamado a esos ricos a llorar por las miserias que les vendrán en el juicio final. Ahora, en el versículo 7, Santiago se dirige, no a los ricos, sino a los «hermanos», entre quienes aparentemente muchos sufren las injusticias que acaba de describir, y que

tendrán su punto final al retorno del Señor, cuando estos que ahora sufren serán vindicados.

Luego, al aconsejar paciencia hasta esa venida Santiago no les está diciendo únicamente que no se preocupen si esa venida se demora, sino también que, en lo que el Señor viene, deber ver las condiciones existentes como parte de las «pruebas» a que se refirió al principio de la carta, y que, con todo y ser dolorosas, sirven para fomentar la paciencia.

vv. 5.7b-8: Una vez más Santiago emplea experiencias de la vida común para ilustrar o explicar lo que dice. En este caso, les dice a sus lectores que en la condición presente, en la que esperan la venida del Señor para librarles de sus tribulaciones, han de ser como quien siembra un campo, y entonces tiene que esperar pacientemente hasta el tiempo de la cosecha. Ese sembrador no puede adelantar la cosecha por mucho que lo desee, sino que tiene que esperar a que esté lista. (Lo cual contradice a quienes hoy dicen que si hacemos esto o aquello el Señor vendrá más pronto.)

v. 5.9: Insistiendo en el punto principal de que la verdadera sabiduría se manifiesta en la paz, Santiago amonesta a sus lectores a no quejarse unos de otros. Quien tal hace se condena a sí mismo. Esto nos recuerda las palabras de Jesús, «no juzguen, para que no sean juzgados, porque con el juicio con que juzguen serán juzgados, y con la medida con que midan se les medirá» (Mt 7.1). Luego, lo que Santiago hace es recordarles a sus lectores que si ellos se quejan de los demás Dios también tendrá quejas contra ellos.

vv. 5.10-11: Una vez más, Santiago ilustra lo que dice con ejemplos. En este caso se trata de ejemplos en la historia de Israel. (Recordemos lo que dijimos en la primera lección de este trimestre, en el sentido de que la sabiduría se adquiere en parte de la tradición de las generaciones anteriores.) Estos dos ejemplos son, primero, el de los profetas en general; y, segundo, el de Job, quien fue modelo de paciencia. Es la paciencia de esos antepasados en la fe la que ha de ser tomada como ejemplo a seguir.

v. 5.12: La amonestación a no jurar aparece también en el Sermón del Monte, en Mateo 5.34-37. Aunque no exactamente con las mismas palabras, aquí también se declara que los creyentes no han de jurar, sino que con su «sí» y su «no» debe bastar.

Aplicación:

En el pasaje de hoy se combinan por una parte el tema de la verdadera sabiduría y cómo distinguirla de la necedad, y por otra los temas que tanto le interesan a Santiago: las divisiones, los chismes y los celos en la comunidad de los creyentes.

Desde nuestras primeras lecciones de este trimestre, a principios de junio, empezamos a leer y reflexionar sobre el contraste entre la sabiduría y la necedad—necedad que frecuentemente se disfraza de sabiduría. Y vimos también que la necedad trae contiendas, iras y disensiones. Ahora esta epístola nos muestra una vez más cómo la falsa sabiduría puede causar graves males.

En una comunidad como la iglesia, en la que se enfatiza la enseñanza y la sabiduría, es muy fácil caer en un espíritu de competencia, a ver quién es el maestro más sabio, o la predicadora más elocuente. Por eso ya desde antes Santiago nos advirtió que el procurar ser maestros no siempre es bueno. Esto no quiere decir que no debamos tratar de aprender y enseñar a otros. Lo que sí quiere decir es que no debemos dárnoslas de maestros porque sepamos más, ni de sabios porque se nos escuche más. Para ser verdadero maestro o maestra de la Palabra de Dios no basta con saber mucha Biblia. Hay quien se sabe la Biblia de memoria y sin embargo emplea ese conocimiento para juzgar a los demás, o para que todos vean que es más santo que los demás. Luego, es posible saber mucha Biblia y no ser sabio.

Esto no quiere decir que el conocimiento no sea importante. La fe cristiana se fundamenta en una serie de hechos de los que no sabríamos si alguien no nos los enseñara. Esa enseñanza nos puede venir directamente de una persona, o indirectamente a través de la Biblia. Pero de una manera u otra, tenemos que aprenderla.

No es cuestión entonces de contentarnos con la ignorancia para no correr el peligro de ser falsamente «sabios». Es cuestión de hacer todo lo que podamos por aprender, pero al mismo tiempo recordar que lo más importante no es lo que sepamos, sino cómo lo que sabemos se aplica a la vida de cada día. Y esto tiene que ser la meta tanto de la persona más ignorante y recién llegada a la iglesia como del predicador o la teóloga de fama mundial. Según Santiago, si ese predicador o esa teóloga se dejan llevar por celos o envidias, o si tienen una ambición

semejante a la de los políticos que buscan puestos, se volverán falsos maestros—o más bien, verdaderos maestros de falsa sabiduría.

La verdadera sabiduría, la que todos y todas debemos aprender y enseñar, no es solamente pura, sino también benigna, pacífica, amable, llena de misericordia y procuradora de paz. La verdadera sabiduría, al tiempo que busca saber, busca sobre todo vivir, manifestarse en una vida llena de frutos de paz y de justicia.

Juan Wesley cuenta una anécdota acerca de un señor que había aprendido a sanar a otras personas sencillamente mediante la práctica y la observación. Molestos por tal presunción, los profesores de medicina de la Universidad de Oxford lo convocaron a un examen. Allí le preguntaron si sabía lo que era una «fiebre terciaria». «Sí señor», contestó el hombre, «es algo que usted no puede curar y yo sí».

Algo semejante sucede con la sabiduría. Si alguien ha leído centenares de libros de Biblia y de teología, pero no da muestras de amar al prójimo, sino que entra en rivalidades con otros eruditos, esa persona sabrá mucho, pero no será verdaderamente sabia en el sentido en que Santiago y la Biblia toda entienden la sabiduría. Y en nuestra iglesia local, si el maestro o maestra de escuela dominical sabe mucha Biblia pero humilla a los miembros de la clase, sabrá mucho, pero no será en realidad una persona sabia.

Antes decían en las escuelas que «la letra con sangre entra», con lo que se quería decir que la mejor manera de llevar a un estudiante a aprender era castigarle si no lo hacía. (Y lo de la «sangre» se tomaba bastante literalmente, con castigos físicos para el alumno que no supiera la lección del día.) Hoy sabemos que no es así. En las escuelas se buscan modos de interesar a los alumnos, de intrigarles, de fomentar su curiosidad, y todo para que quieran aprender.

Ya desde mucho antes Santiago sabía que la verdadera sabiduría no entra a la fuerza. La verdadera sabiduría se les comunica a otras personas practicándola, y esto incluye benignidad, humildad y una actitud no beligerante. Y no solamente se enseña de ese modo, sino que también se aprende, puesto que para adquirir la sabiduría hay que seguir caminos de amor, paz, justicia y benignidad.

Pero Santiago sabía también otra cosa que a veces los creyentes tratamos de olvidar: la vida en la sociedad que nos rodea no es fácil. Aunque hoy esa sociedad se llama cristiana, muchos de sus valores se oponen a la sabiduría cristiana. En tiempos de Santiago—y hoy—esa diferencia de valores bien podía llevar a conflictos y tribulaciones. La sociedad se maneja sobre bases de competencia, envidia y ambición. Santiago lo sabe, y por eso habla de la necesidad de tener paciencia y también de la necesidad de practicar la sabiduría aun en medio de este mundo en que se alcanzan honores mediante la ambición desmedida, humillando a quienes buscan los mismos honores, y hasta mintiendo. (Recordemos lo que dice Santiago sobre el poder de la lengua.)

Y Santiago sabe también que la iglesia es parte de esa sociedad. El mal uso del poder de la palabra—el chisme, las palabras airadas—también aparece en la vida de la iglesia. También en la iglesia confundimos la sabiduría con el conocimiento, el decir mucho con el ser sabio, el que muchos nos sigan con la verdad de lo que decimos.

En vista de todo esto, debemos preguntarnos:

1. ¿Qué hemos aprendido, y cómo hemos cambiado, a través de nuestros tres meses de estudio sobre la sabiduría?
2. ¿Qué señales de verdadera sabiduría vemos entre nosotros y nosotras, tanto en nuestra iglesia como en nuestra clase?
3. ¿Qué señales vemos, o qué peligros corremos, de dejarnos llevar por una falsa sabiduría que no lleve a la paz o que no dé buen testimonio de nuestra fe a la sociedad en que vivimos?
4. ¿Qué pasos debemos dar —o qué cosas debemos corregir—para avanzar por los caminos de la sabiduría?

Resumen:

La lección de hoy es resumen y conclusión de todo lo que hemos estudiado y discutido durante este trimestre acerca de la sabiduría—particularmente de lo que hemos estudiado durante este mes sobre la Epístola de Santiago.

Por esa razón, lo que conviene aquí no es un resumen de esta lección particular, sino más bien un resumen del trimestre entero, durante el cual hemos visto:

1. Que la sabiduría no es mero conocimiento, sino todo un modo de vida.
2. Que la sabiduría se aprende mediante una larga tradición de creyentes que la han buscado y practicado.
3. Que frecuentemente los caminos de necedad parecen más atractivos que los de sabiduría.
4. Que en la comunidad de creyentes la sabiduría se manifiesta en modos muy concretos:
 - a. No darles lugar a las malas lenguas.
 - b. Evitar iras, disensiones y divisiones.
 - c. Practicar la paciencia.
 - d. Responder a las necesidades de quienes sufren.
 - e. Confiar en Dios, quien tendrá la última palabra.

Oración:

Gracias, Dios nuestro porque nos enseñas sabiduría a través de tu Palabra, de la comunidad de la iglesia, y de una larga cadena de personas sabias. Perdona nuestras necedades cuando nos apartamos de tus caminos de sabiduría. Derrama el poder de esa sabiduría sobre tu iglesia, de modo que pueda dar fiel testimonio de tu verdad y sabiduría. Todo esto te lo pedimos en nombre de tu Sabiduría hecha carne, Jesucristo nuestro Señor. Amén.